



EL ANILLO DE BODAS

(LEYENDA)

AY seres para quienes la existencia parece haber suprimido las emociones fuertes: no sé si tal predisposición débese á un estado nervioso especial y continuo, ó á un modo de ser del alma que á pesar de su carnal envoltura presiente su destino ulterior conservando de las etapas recorridas un recuerdo casi inconsciente.

Pero es lo cierto que para algunos privilegiados la vida se desliza sin violencias, sin los rudos combates de las pasiones, y como si de antemano estuviesen decididos al sacrificio y haciendo de la abnegación algo así como un hábito ó una costumbre que, á los ojos del observador, pudiera quizá aparecer como una filosofía espontánea, como ciencia de mundo intuitiva ó como la disposición dada al alma en orígenes no comprendidos.

A esta categoría de seres pertenecía Andrea. En la escuela nunca tuvo un disgusto. Sus compañeras de clase se verían apuradas para decir si Andrea salía la primera ó la última de las aulas, porque en el camino nunca se le encontraba ostensiblemente.

Jamás obtuvo un premio; pero no se afectó por ello poco ni mucho: se la tenía por tonta y ella sonreía sin disgusto, pero sin defenderse.

En su casa jamás rehusó el trabajo fuese este fuerte ó ligero. Habitaba con sus padres á una legua de San José y quedó huérfana casi de repente.

Su padre era un labriego de carácter muy independiente y un sábado que vino al mercado de la capital á hacer sus compras, trabóse de palabras con un guardián del orden público y éste le mató de un tiro.

La madre de Andrea recibió, con ese desgraciado suceso, una pena tan grande, que sucumbió muy pronto ante un dolor que desarregló totalmente las funciones de aquel corazón.

Andrea se halló huérfana y desamparada á los 18 años; pero no se arredró por eso. Algunos momentos de reflexión la decidieron. Vistió su traje de luto: hizo como pudo los rezos que entre nosotros se llaman "nueve días" y al décimo, se presentó en la capital, ajustándose enseguida como criada en una casa principal.

La señorita de la casa era verdaderamente una esclava de la moda, y á más de esto un poquillo vanidosa: procuró desde el principio formar á Andrea instruyéndola en los secretos del tocador y de la coquetería. Tenía muchísimas amigas porque gustaba mucho y entre ellas se contaba Lolita López, hija de un anciano artesano bastante débil para permitir á su hija ambiciones y lujos que le arruinaban.

Lolita y la señorita á quien Andrea servía, eran inseparables y sin embargo se detestaban cordialmente: cosa muy general en nuestra sociedad. La señorita gozaba exhibiendo ante los ojos de la menestrala sus joyas y estrenos y ésta, envidiosa y vana, pensaba que la sombra de la señorita le era necesaria para presentarse en el mundo haciendo airoso papel.

En aquellos días la menestrala impulsó despóticamente el uso de brillantes atornillados en los lóbulos de las orejas y á la señorita regalaron un par, que hacía agua las bocas de todas sus amigas. Lolita López hubiese dado su vida... por poseer aquellos brillantes.

Dejolos un día la señorita sobre su mesa y fuese al interior de la casa en busca de Andrea para darla una orden; pero sucedió que la criada entraba en esos momentos en el tocador de la señorita y con gran sorpresa hallóse con Lolita López que envolvía un pequeño objeto en un papel azul que ocultó rápidamente en el seno cruzando luego la estancia como quien huye y saltando enseguida á la calle por una de las muchas puertas de la casa sin apercibirse, al parecer, de la presencia de Andrea.

La costumbre de entrar y salir á toda hora Lolita en aquella casa hizo que á nadie llamase la atención aquel día: Andrea misma acabó por no dar importancia alguna á aquella especie de fuga y la aparición de la señorita y la orden que la dió de ir en busca de un traje nuevo acabaron de borrar en su ánimo toda impresión á ese respecto.

A su vuelta, Andrea encontró la casa alborotada y á la señorita gritando y pateando como una vendedora del Mercado: en cuanto entró rodeáronla todos y un señor muy estirado que estaba de visita encargóse oficiosamente del principal papel.

Tomóla la mano con brusquedad y le dijo:

—Andrea, confiese U. donde están los brillantes de la señorita.

—Los brillantes...? Los de las orejas...?

—Sí, esos... que estaban en la mesa del espejo envueltos en un papel azul... esos!

—Ah!... los tomó la niña Lolita.

—La niña Lolita?... oh muchacha infame! como calumnia! sepa U. que yo soy el Agente de Policía... por casualidad estaba aquí cuando han hecho el robo... y si U. no devuelve los brillantes antes que venga á casa el papá de la señorita, la mando ahora mismo á la cárcel!

—Andrea, añadió llorando la señorita, dádme los... y nada te sucederá!

Andrea había palidecido un momento; pero, solo un momento: se repuso en seguida: sonreía como siempre y repitió de nuevo:

—Los cogió la niña Lolita!

El agente, para acreditarse de celoso, salió á la calle y con el silvato llamó al policial de la es-

quina á quien hizo entrega de Andrea diciéndole:

—Lleve esta muchacha á la Casa de Reclusión y que la registren muy bien... y mañana á las ocho la llevan á mi oficina...

A los ojos de Andrea asomó una lágrima pero ni dijo una palabra ni opuso la menor resistencia.

Tres meses después Andrea fué declarada en libertad por falta de pruebas legales.

Por un sentimiento para nosotros inexplicable, en el proceso no mencionó para nada á Lolita López. Se obstinó en responder:

—Si no me creen ¿para qué me preguntan? y de ahí no pasó.

El Juez dispuso su depósito en casa de una familia mientras cumplía su mayor edad.

Facilmente se hará cargo el lector de los sufrimientos y penalidades porque Andrea pasó: era joven y linda; pero rechazó la seducción con la suavidad que era el distintivo de su carácter: se mantuvo pura en medio de la miseria y la humillación, sin apercibirse de que era heroína.

Los azares de la suerte la llevaron á servir á las fincas de Santa Clara, porque en la ciudad la rechazaban por lo del robo á la señorita.

En aquellos climas mortíferos las tercianas minaron su temperamento robusto y la obligaron á volver á la capital y á acogerse al hospital de san Juan de Dios, donde fué curada en poco tiempo por los hábiles médicos que dirigen aquel establecimiento.

Pero cuando se le dió el alta, Andrea se vió en la calle sola, escualida, sin albergue y sin un centavo disponible.

Otra mujer, en tal situación, se habría lanzado al abismo, ya suicidándose ó ya entregándose al vicio. Aquel temperamento resistió sin hacerse violencia...

En el barrio del Hospital habitaba una honrada familia cuyo jefe era un albañil á quien la vecindad miraba de reojo porque era espiritista: allí encontró Andrea asilo y consuelo á su infortunio, lo cual demuestra que la caridad puede ser ejercida en cualquier credo religioso. Comenzó para la desventurada niña nueva vida. La pobreza era casi la misma, pero la benevolencia con que era tratada y los sanos consejos y enseñanzas que en aquella familia encontró le causaron un consuelo inmenso. Estaba de Dios que no hubiesen concluido sus desdichas. A los dos años murió la señora que la recogió y como el esposo era bastante joven aun, se vió forzada á dejar aquel techo hospitalario para no dar ocasión á murmuraciones.

La vida de Andrea fue un Calvario; pero siempre pura, siempre resignada.

A los 25 años parecía una vieja.

Bajo su apariencia de ignorante, Andrea tenía una perspicacia notable. Sin quererlo, sin preguntar, por lo que oía estaba al corriente de la suerte de su antigua señorita y de la de Lolita López. Esta acababa de casarse con un "personaje de la situación" y en cambio el padre de la señorita había hecho bancarrota y a-

bandonado el país y á su familia. Lo que más había llamado la atención de Andrea, fue el nombre del esposo de Lolita: era el mismo agente oficioso que la mandó á la cárcel.

—¿Habrán hecho su anillo de boda con los diamantes robados?... fue lo único que se permitió decir *impeccabile* Andrea.

Esta resolvió un día buscar trabajo en los campamentos del ferrocarril al Pacífico, donde le habían asegurado que las buenas cocineras, honradas, podían ganar salarios muy pingües.

Una tarde dejó San José y marchó sola y á pie por el camino de la Sabana, pensando hacer noche en Escasú.

Al pasar el puente de los Anonos, sintióse acometida de un vértigo causado por su misma debilidad. Acordose que bajando por la margen izquierda del Río había una casa solitaria y á ella se encaminó con ánimo de esperar allí el día siguiente.

Sorprendióse de hallar en aquella casa un lecho preparado y con ricos y mullidos almohadones; pero su sorpresa llegó al colmo cuando sobre las mantas de lino, ajadas, que cubrían la cama, vió brillar un objeto.

Era un anillo liso con dos brillantes gemelos incrustados con mucho arte: aquellos brillantes los reconoció al instante Andrea y si alguna duda hubiese quedado se desvanecía con la inscripción que tenía gravada.

—Ah!... el anillo de bodas! y con los dos diamantes de la señorita. Ay Dios mío! Cuánto he sufrido por estas malditas piedras que ahora me encuentro aquí tiradas...

Durante algunos momentos se quedó pensativa. Su clara inteligencia reconstruyó en el acto una escena de libertinaje sobre dos bases firmes.

El lecho tan rico en aquel sitio y el anillo olvidado en él.

El ruido de unos pasos que se aproximaban hicieronla pensar en su comprometida situación caso de ser hallada en aquel sitio y salióse rápidamente por una puertecilla que daba al río: por fuerza hubo de permanecer en su dintel, porque el agua había excavado el terreno y á menos de echarse á la corriente no podía avanzar: á su espalda dentro de la habitación escuchó la voz de un hombre encolorizado que monologaba á gritos y como loco.

—El...! dijo Andrea para sí misma y no queriendo escuchar más adoptó una resolución heroica y se echó al río sin vacilaciones. Ganó la otra orilla y chorreando agua emprendió rápidamente marcha hacia el camino.

Con paso precipitado ganó el alto y ya en la llanura descansó unos momentos y continuó andando. Pronto anochecería pero la luna en llena alumbraba casi tanto como un clarísimo crepúsculo.

Viniendo de la sabana apareció un coche al trote de dos buenos caballos.

Andrea se plantó en medio camino gritando:

—Pare, pare niña Lola.

El coche se detuvo: dentro veían un joven y una señora.

—¿Qué nos quiere? dijo él con mal humor.

—Niña Lola... Ha perdido Ud. algo...? Su anillo...?

—Sí... sí...

—Pues bien, está en mi poder; pero no vaya Ud. al lugar donde lo dejó... está ahí... dispuesto á matarlos... un ánimo le puso al corriente; pero duda... Sálvese Ud...!

—Pero... Ud... quién es...?

—Ya olvidó á Andrea...?

—Andrea? Ay Dios mío, yo me muero...

El caballero, no sabiendo qué hacer, dijo á Andrea:

—Váyase Ud., mujer!

—Obedezco... y dígame... que los brillantes se los llevaré á la señorita, que es su dueña.

La luna iluminaba la campiña con esa claridad especial de las noches de Enero: Andrea cruzaba el llano de Mata Redonda insimismada en sus pensamientos que no escuchó el ruido de un coche que se venía encima: caballos y vehículo pasaron sobre ella y continuaron su marcha que parecía una huída.

Andrea no perdió el sentido y pedía socorro desesperada. Veinte minutos después un hombre jadeante y fatigado, tropezó con ella haciéndola lanzar gritos de dolor.

—Que te ha sucedido, preguntóla.

—Ay!... un coche... me atropelló...

—Un coche?... ¿viste quienes iban en él?

Andrea fijó sus moribundos ojos en aquel hombre y le reconoció... era el marido de Lolita, el mismo que la envió á la cárcel por los brillantes...

—Sí, les ví al caer... eran dos extranjeros, dos hombres desconocidos...

—Ah!... gracias á Dios... Y usted, señora, quién es?

—Yo soy Andrea, la que usted mandó á la cárcel...

—¿Andrea! ay! pobrecilla... Si viera... cuánto me ha pesado aquello... U. no fue... fue ella... pero lo supe después, al casarnos... y... quién iba entonces á declararlo...? Se hizo un anillo de boda... y hace poco lo perdí... y eso... me tiene...

—Caballero... me siento agonizar: tengo rotas las costillas... quisiera verla y perdonarla: antes de morir... en nombre de Dios, vaya U. en busca de un coche para trasportarme...

Cansado como estaba y libre ya de un horrible peso que la generosidad de Andrea quitárale de encima, marchó al paso hacia San José, empleando en el trayecto más de una hora y otra fue transcurrida en hacer que engancharan un carruaje en un puesto. Antes de volver en busca de Andrea, fuese á su casa donde halló á todos alborotados y misteriosos.

—¿Qué sucede? Qué pasa?

—Señor, una cosa increíble...

La niña Lola estaba en la sala con visitas, cuando apareció una mujer... del campo... muy pálida... llegó cerca de la niña Lola y le dió una cosa diciéndole:

—Devuélvalos á quien U. sabe...

—Y Lola... qué dijo?

—Se quedó como muerta... sólo dijo: Dios mío, mi anillo!

—Sí, le contestó la mujer... su anillo... no olvide mi consejo y que Dios la perdone, como Andrea lo desea...

—Andrea?... dices que esa